

DE UN TALLER PSICOANALÍTICO.

Este libro es muy especial. Es un homenaje a Donald Meltzer, pero es mucho más.

Conocí al primer Meltzer, primero para mí, el de 1963, cuando era una “joven promesa” del grupo kleiniano, promovido hacía poco tiempo a la categoría de analista didáctico en la Sociedad Británica.

Yo formaba parte de un grupo de analistas argentinos que habíamos viajado de Buenos Aires a Londres para supervisar con analistas kleinianos y, entre ellos, Meltzer nos impresionó mucho en su trabajo clínico, por su agudeza de observación y su extraordinaria intuición.

Fue así que León Grinberg, en ese momento joven Presidente de la Asociación Psicoanalítica Argentina lo invitó a ir a Buenos Aires a dar conferencias y supervisiones

En Argentina el impacto mutuo fue enorme: para Meltzer, según supimos después, era todo un desafío porque era la primera invitación que recibía para enseñar en el extranjero y para los argentinos la fascinación que produjo su pensamiento y su personalidad. Tanto fue así que lo siguieron invitando periódicamente mientras pudo viajar.

Es verdad que a algunos les pareció demasiado obsesivo en su concepción del encuadre: por ejemplo, el uso permanente de un traje gris para trabajar sólo reemplazable por otro traje gris, o la discreta crítica que nos hizo por tener cuadros colgados en las paredes de las consultas.

Pero tenía una parte encantadora de niño, muy atractiva, cuando no toleraba perder un partido de tenis o ping-pong, pidiendo insaciables “revanchas”, como cuando mostraba su también insaciable sed de conocer todas las especies de árboles que veía o se emocionaba frente a la belleza de una puesta de sol a orillas del Paraná.

Aunque aún no era todo lo que fue después, nunca habíamos tenido mejor ni más admirable maestro.

Los científicos nos explicaron hace algunas décadas que habían observado que las galaxias más distantes se están alejando de nosotros lo que dio origen a la teoría de que “el universo se expande” la cual modifica, a su vez, otras teorías, como la teoría acerca del origen del Universo.

Hawking sostiene que en Física toda teoría es provisional. Si es posible someterla a experimentación y probarla, la teoría se afirma y sobrevive. Pero aún así, si surgen nuevas observaciones que la contradicen o modifican, la teoría podrá ser modificada, completada y hasta sustituida.

Estas reflexiones sugieren que algo similar ocurre en el psicoanálisis. El Universo Psicoanalítico también se expande con la adición de importantes teorías a las pre-existentes. Ellas, a su vez, no hubieran podido desarrollarse sin las bases fundantes de los descubrimientos de Freud sobre el funcionamiento de la mente, y sus más creativos continuadores como Klein y Bion.

Continuamente surgen teorías que incluyen elementos originales, algunos de los cuales abren para nosotros “nuevas fronteras hacia lo aún desconocido en nosotros mismos”, como afirman los psicoanalistas Schafer y Bernardi.

El Meltzer que encontró el Grupo de Barcelona, autor de este libro, no era el mismo de sus tiempos pre-bionianos. Su mente se había ido expandiendo y ellos le acompañaron en sus reflexiones, en la elaboración de nuevas ideas, en los sucesivos conceptos que fue creando... y compartieron con él un intenso contacto emocional.

Este libro, a su vez, es un nuevo movimiento de expansión, el intento de ampliar y profundizar ideas que él sembró.

Así creo que lo ha sentido el mismo Grupo Psicoanalítico de Barcelona, autor del libro, al relatar su propia historia poniendo énfasis en la tarea de Donald, no sólo como docente sino, sobre todo, como persona que permitió y alentó que el grupo se constituyera como un grupo de trabajo según la caracterización de Bion. Postula que se ha tratado de un proceso estético, algo que se ha ido desarrollando y estructurando y que, por tanto, no ha terminado y debe continuar después de la muerte de Donald.

Aurora Angulo ha intentado resaltar la función de las teorías, como la teoría del “Claustro”, remarcando la importancia de que puedan actuar como continentes de nuestra emocionalidad. Esta condición nos puede ayudar a mantenernos firmes pero a la vez flexibles y tolerantes en el difícil tratamiento de estas personas cuyo proceso madurativo está obstruido por el establecimiento precoz de un vínculo en que la diferenciación con el objeto ha sido anulada. Se convierten así en prisioneros de un “Claustro” (Meltzer, 1992) marginados de su propia afectividad y de la belleza del mundo.

Claudio Berman habla de la génesis de la interpretación . Plantea que el analista necesita tener una receptividad especial: la capacidad de no-saber de antemano y dejarse sorprender por lo que el paciente diga. El otro interrogante a descifrar es descubrir qué hace el paciente para escapar al cambio que la interpretación le propone. Lo ilustra con un caso en que el paciente hace uso de la reversión de la perspectiva convirtiendo, para ello, lo animado en inanimado.

Miriam Botbol escribe sobre el primer y el último paciente que supervisó con Meltzer . En especial se refiere a las dimensiones de la vida mental, a la bidimensionalidad y tridimensionalidad , y la posibilidad de pasaje de una dimensión a otra como expresión del crecimiento mental.

Rosa Castellá y Lluís Farré abordan el fenómeno de la violencia, apoyándose en los desarrollos sobre la actividad de la identificación proyectiva que recorren el pensamiento de Klein y Bion y alcanzan el de Meltzer. La violencia es concebida como un ataque y destrucción de la belleza, que busca arruinar la experiencia emocional, reduciendo la complejidad de las relaciones con el mundo animado e inanimado a pedazos vacíos de sentido.

Dolors Cid y Lucy Jachevasky aplican y desarrollan las ideas de Meltzer sobre el autismo. Pensando en estas cuestiones y revisando material de Lucas, un niño autista en tratamiento, descubrieron qué característica común tenían los objetos con los que este niño se relacionaba. Plantean la hipótesis de que el autista fabrica un mundo de objetos a través de la simplificación y la desconexión, que intentan explicar como un detenimiento y una inversión de la función alfa, que da lugar a lo que denominan “objeto mínimo”, diferente de los “objetos desmantelados” y de los “objetos mutilados”.

Perla Ducach y Silvia Grünwaldt tratan de mostrar, a través del material clínico de una niña de 4 años, la situación de anti-desarrollo y la incapacidad de construir un “continente” que se produce cuando no sólo ha faltado una figura materna sino cuando las condiciones de nacimiento y primeros meses de vida han sido devastadores. Describen las vicisitudes de un proceso terapéutico que pudo, aunque en medida muy limitada, impulsar el crecimiento en una dirección evolutiva.

Yolanda La Torre Guevara describe un caso clínico, difícil y un tanto atípico, comenzado después de la muerte en accidente del esposo y el hijo de la paciente. La dolorosa elaboración de tan terrible duelo permitió asociarlo con el sentimiento de que para esta paciente “la belleza del mundo había quedado clausurada”.

Carmen Largo estudia las dos formas de conocimiento: intuición e inteligencia, complementarias y diferentes en su origen, constitución, funcionamiento y finalidad. Plantea que la intuición se origina en la vivencia de la relación emocional estética, se constituye por modelos identificatorios, opera con “imágenes significativas”, da material para la fantasía inconsciente, la creación artística, sueños y mitos. La inteligencia, por su parte, emerge sobre la base de conocimiento anterior, se consolida con el lenguaje verbal, opera con símbolos constituyendo mecanismos operativos, está inclinada a la fabricación de teorías, es apta para la abstracción y el pensamiento especulativo.

Montserrat Martínez del Pozo desarrolla conceptos muy fructíferos de W. Bion y D. Meltzer a propósito de la dimensión estética de la personalidad, unidos a la idea de Inconsciente Estético que proviene del pensamiento que surge del arte. Propone la idea de hacer extensivo el concepto de Inconsciente Estético en el campo del psicoanálisis. Piensa que los conceptos de Impacto y Conflicto Estético, y los que de ellos se derivan, dan lugar a un diálogo interdisciplinar enriquecedor.

Antonio Murillo escribe acerca de que Donald Meltzer entendía la actitud psicoanalítica como algo que no puede ser explicado pero sí mostrado. Considera que en la clínica la actitud de Meltzer está más ligada a la observación y la descripción que a la explicación, aunque pueda sorprender y frustrar al paciente, que desea acabar rápidamente con la incertidumbre. Piensa que el perseverar en esa actitud pone a Meltzer del lado de la esperanza de poner en marcha un proceso de desarrollo más que de “curación”.

Carlos Tabbia se refiere al aburrimiento como un fenómeno identificable en distintos momentos de la vida. Sin embargo, intenta diferenciar grados y formas clínicas del mismo, que se relacionan con la tolerancia al contacto con la realidad y con el deseo de conocer. Considera que la ausencia de contacto emocional o la deficiente función continente del objeto originan discursos aburridos que desalientan la comunicación. El mismo fenómeno se observa en estados narcisistas en los que predomina la identificación intrusiva y la grandiosidad donde el sujeto queda marginado de la existencia, como le sucedió a Oblómov, el personaje de Goncharov.

La obra termina con un discurso de despedida del propio Meltzer en las Jornadas con que se celebró su 80º cumpleaños.

Pienso que, como dije al principio, el libro es un homenaje y mucho más. Creo que en su conjunto forma parte de la elaboración del duelo grupal por la desaparición del maestro inspirador de las nuevas ideas expuestas en él.

A través de los autores de cada una de las aportaciones se percibe el profundo agradecimiento a Donald Meltzer por su generosidad y por haberles enseñado a pensar con libertad.

Rebeca Grinberg.